



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13023

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 10 DE ABRIL DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreta, rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA NUEVA ESTACION DEL FERROCARRIL

Cumpliendo la oferta que hicimos a nuestros lectores en el número correspondiente al viernes anterior, publicamos hoy la fachada principal del edificio que ha de ser dentro de algunos meses estación del ferrocarril de Cartagena.

Hace ya tiempo, cuando por el comité directivo de la compañía fueran aprobados los planos, hablamos de ellos con cierta detención, ocupándonos, en líneas generales, de la estación futura, de su importancia y su grandiosidad; y aunque bien quisieramos hoy completar aquella información, no podemos hacerlo porque nos falta tener a la vista lo que es indispensable a una explicación eficaz: los planos.

Sin embargo, no han de faltar nos ocasiones para volver sobre el asunto y entonces hableremos de las dimensiones, de la distribución, de la instalación de los servicios, de todo lo pertinente al caso y que a nuestro juicio debe el público conocer. Ese momento será aquel en que la nueva estación se inaugure y cuente Cartagena con ese edificio de que es merecedora por su posición en extremo de línea y por su importancia.

A nuestros lectores les parecerá un sueño que Cartagena vaya a tener estación nueva y más aun que sea tan importante como acredita el dibujo que acompaña a estas líneas. A nosotros nos sucede lo mismo; estábamos tan hechos a la antigua, a la provisional, con su carencia absoluta de comodidades, que nos parece broma que ha

de llegar un día en que veamos venir a nuestro pueblo, por el ferrocarril, personas importantes, sobre todo extranjeras, sin sentir el rubor en las mejillas.

Van pasados cuarenta y tres años desde que la locomotora va y viene a través de estos campos;

cón en sus funciones fuese una obra modesta que no hubiera de llamar la atención de las gentes ni de satisfacer a los que reclamaban.

Porque las obras de la estación nueva no han comenzado ahora; vienen realizándose hace mucho

Ahora comienzan a elevarse en el suelo las primeras hiladas de piedra que han de formar los muros y ahora es cuando nos vamos percatando de que era en realidad provisional el barracón; ahora nos convencemos de que va de veras y, lo que es más gra-

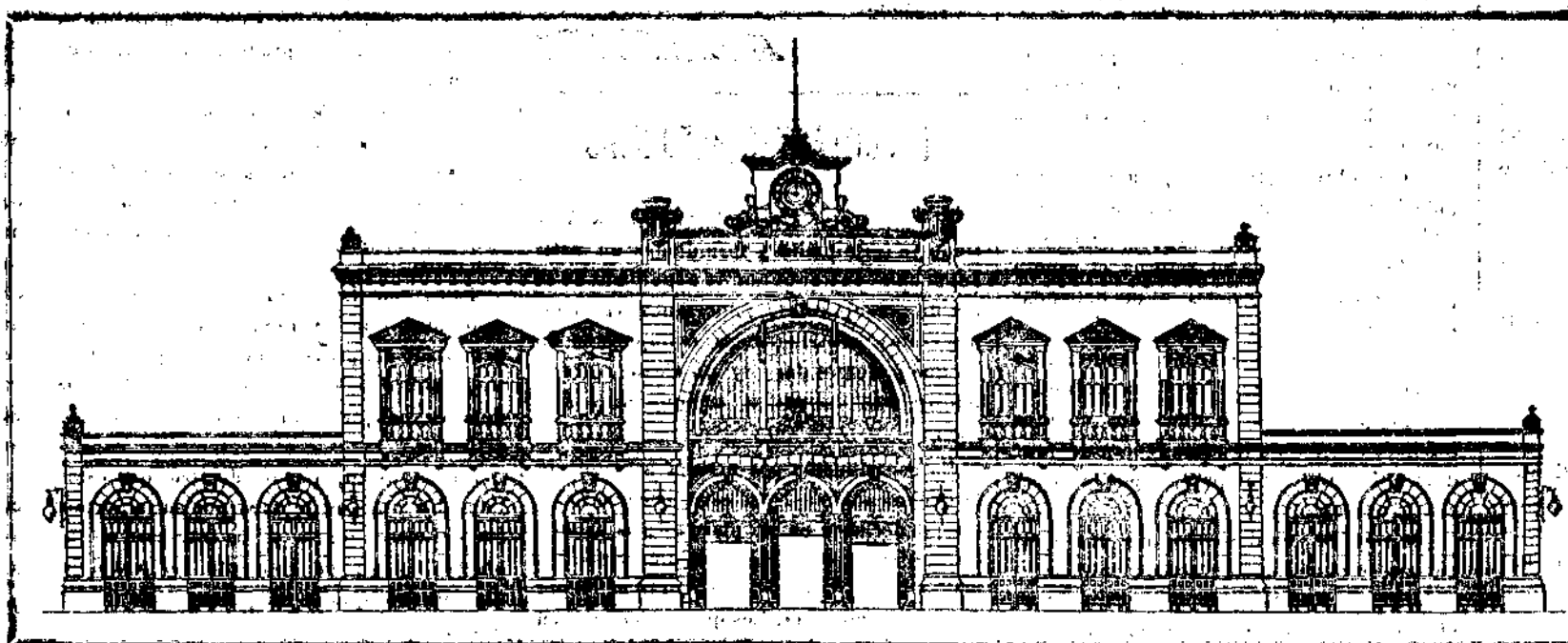
admirada del viajero que arribase a ella ó que de ella partiese; mas la compañía ha superado nuestras ambiciones sumando a las condiciones mencionadas la de grandiosa que el edificio que publicamos tiene. No le hemos de escatimar nuestros elogios ni queremos ser parcos en el aplauso que merece la compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante. Mientras mereció nuestras censuras por su insistencia en mantener tan largo tiempo en funciones de estación de primera al barracón, se las prodigamos. Ahora juzgamos deber aplaudirla por superar nuestros deseos y la aplaudimos y nos felicitamos.

Ahora bien; esa estación que honra a Cartagena merece un complemento. La fachada que publicamos va a estar orientada hacia las puertas de San José. Su acceso será por la calle de San Diego, pero en sentido oblicuo y esto es una fealdad. Respecto de esa calle hay un proyecto que consiste en

rebajarla en su mayor altura y alinearla conforme a la sección primera, ó sea la parte que arranca de la plaza de la Merced. De este modo iría recta a la estación, acometiéndola perpendicularmente a la fachada de la misma.

¿Por qué no se realiza este proyecto? Su coste no sería mayor que su importancia. Realizándolo podrían hacerse a la par dos inauguraciones: la de la estación férrea y la de la nueva calle que ha de ir a la estación.

Esta idea que se nos ocurre la



cuarenta y tres años que forman casi toda nuestra vida desde que tuvimos uso de razón; y cuanto el tiempo nos iba enseñando que la barraca puesta al final de los rieles, en las afueras de las puertas de San José, se iba transformando de provisional en definitiva, nos vemos gratamente sorprendidos con que aquella estación que creíamos merecer y por la que hizo tantas y tan porfiadas campañas la prensa local, comienza a edificarse en silencio, sin ruido, como si el edificio que ha de sustituir al barra-

tiempo. No había entrado la piqueta en las murallas con el fin de abatirlas y ya el pico escavaba la tierra en los terrenos de la compañía abriendo los cimientos de la estación futura. En silencio, sin que se entere la mayoría de la población, se ha hecho un trabajo que representa muchos miles de duros, obra que no se ve porque fué realizada en el subsuelo y está representada por pozos de absorción y alcantarillas que miden centenares de metros y por cimientos que tienen un desarrollo colosal.

to, de que va de prisa. Tan deprisa va, que para el mes de Agosto se quiere inaugurar un servicio especial entre Cartagena y París y ha de inaugurarse en la nueva estación. Para entonces podrá no estar completamente terminada, pero si en condiciones de prestar servicio.

Cegados tal vez por el carlino que tenemos a la ciudad donde vimos la luz, creíamos que si alguna vez se realizaba el sueño de que tuviese una estación, debía ésta ser hermosa, grande, digna de ser

LOS BANDIDOS DE ORGERS

711

Y abriéndose la puerta con estrépito, el Guapo Francisco, con su traje de inoreible, entró resaca- mente con la sonrisa en los labios.

Daniel se levantó de un salto.

Aquella visita inesperada, en el momento mismo que la enérgica convicción de Vasseur confirmaba las sospechas del joven magistrado contra su pariente, le puso en un estado de turbación indescriptible.

Miró al oficial de gendarmería para asegurarse de si reconocía en aquel atildado petimetre al buhonero de la granja del Brull, y el aspecto grave y reservado de Vasseur no le dejó duda alguna acerca de ello: el Guapo Francisco había sido reconocido al primer golpe de vista.

Mientras que Ladrage, cogido tan de sorpresa, permanecía absorto, Francisco se adelantó sin mostrar vacilación ni temor.

—¡Palabra de honor! Daniel,—dijo alegremente dejándose caer en una silla que vio desocupada;—no es cosa difícil llegar hasta vos.

Re tendido que tomar por abalto la entrada de vuestro gabinete...

Debido a esas buenas gentes (rematando a los porteros que permanecían en el ambiente de la sala) que

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

712

desde hace mucho tiempo tenéis desaseo de verme, y que no deben negarme la entrada cuando vengo al fin a conversar amistosamente con vos.

Tal era el aplomo de Gauthier, que el mismo Vasseur no sabía ya qué pensar; pero Daniel, excitado por la grave responsabilidad que sobre él pesaba, recobró enseguida su presencia de ánimo.

—En efecto, ciudadano,—dijo con frialdad al Guapo Francisco,—tenemos que hablar de asuntos graves y me alegro mucho de veros.

Dejadnos,—dijo a los dependientes que se retiraron al punto.

Y vos, teniente Vasseur, dispensadme un instante y tendré a bien esperaros en la pieza inmediata; no tardaré en llamaros para daros órdenes. ¿Tenéis aquí algunos de vuestros hombres?

—Dos gendarmes hay abajo en el patio,—contestó Vasseur con prontitud;—¿hay que llamarlos?

—Sí, que suban, que se queden con vos, y estad dispuesto a la primera señal.

—Está bien, ciudadano; sin embargo,—añadió en voz más baja, designando al Guapo Francisco con un signo de cabeza,—si no se tratase más que de este in-

Había oído las órdenes dadas al teniente Vasseur: la puerta estaba bien guardada y parecía imposible escapar al por la violencia ni por la destreza, pues todo era inútil en caso de tener que hacer semejante acción.

Sin embargo, no demostraba inquietud alguna y, recostado con indolencia en su silla, tarareaba una canción nueva.

Daniel no sabía qué pensar al ver la actitud reposada y tranquila de aquel hombre, que se ponía espontáneamente en sus manos.

Volvió a ocupar su puesto cerca de la mesa cargada de papeles, y dijo con cierto embarazo:

—¿Por fin os habéis decidido a visitarme, caballero? A fe mía, empezaba a creer que teníais algún motivo para evitar mi presencia.

—No es culpa mía, primo Daniel,—contestó el Guapo Francisco; acercándose familiarmente a su silla, de modo que solo quedaba separado de Ladrage por la anchura de la mesa.

Una extraordinaria casualidad ha hecho que no nos hayamos nunca encontrado.

—¿La culpa es, pues, de la casualidad?

En buena hora; pero no es menos inconcebible que